

LA ILUSIÓN DEL CONTROL: RIESGO, REPRESENTACIÓN Y LÍMITE EN LAS SOCIEDADES TÉCNICAS

THE ILLUSION OF CONTROL: RISK, REPRESENTATION, AND LIMITS IN TECHNOLOGICAL SOCIETIES

«A quienes me enseñaron a mirar, decidir y aceptar el límite»

1. LA PROMESA SILENCIOSA

Vivimos en sociedades que ya no toleran la sorpresa. Cuando algo falla –una infraestructura, un sistema sanitario, una red eléctrica– la reacción inmediata no es preguntarse qué ocurrió, sino por qué no fue anticipado. La contingencia ha dejado de ser condición para convertirse en sospecha. La modernidad técnica no ha suprimido el riesgo; ha modificado el modo en que lo interpretamos.

Esta transformación no es neutra. Afecta a la manera en que juzgamos instituciones, dirigentes y expertos. La confianza ya no se otorga como reconocimiento de prudencia, sino como expectativa de infalibilidad. Cuando un sistema funciona, se le atribuye competencia; cuando falla, se le atribuye negligencia. El margen intermedio –la posibilidad de que algo ocurra aun bajo vigilancia razonable– se estrecha hasta casi desaparecer del imaginario público.

Con el tiempo, esa regularidad deja de ser solo un dato técnico y se transforma en expectativa cultural. El sistema no solo organiza la acción; tranquiliza. No solo gestiona riesgos; sugiere que han sido absorbidos dentro de un marco previsible.

La sociedad contemporánea aprende a convivir con infraestructuras cuya complejidad desconoce, pero cuya estabilidad da por descontada.

La modernidad técnica no ha eliminado el riesgo; ha transformado nuestra relación con él. Allí donde antes el acontecimiento podía inscribirse en la lógica del destino, hoy se inscribe en la lógica del sistema. Si existe protocolo, modelo predictivo y trazabilidad, el accidente deja de experimentarse como contingencia pura y se interpreta como insuficiencia de anticipación. El perfeccionamiento del control reduce riesgos reales, pero estrecha el margen cultural de lo excusable.

Esa transformación no es un efecto secundario accidental, sino la consecuencia lógica del éxito. Cuando un sistema demuestra durante años su eficacia, esa eficacia deja de percibirse como logro y se convierte en estándar. La mejora técnica no solo reduce el riesgo; redefine retrospectivamente lo que consideramos evitable.

Este desplazamiento no es meramente psicológico. Tiene una dimensión institucional. Los sistemas se diseñan bajo la premisa de que el riesgo es gestionable; pero la cultura que los rodea comienza a comportarse como si fuera eliminable. La diferencia entre reducción y supresión no desaparece en el plano técnico, pero sí tiende a desdibujarse en el plano de la expectativa social.

Esta transformación no responde únicamente a una mayor exigencia moral. Responde también a una lógica interna del propio control. Todo sistema de anticipación genera un horizonte de expectativa. Todo dispositivo de anticipación genera una promesa implícita: si algo está modelizado, debe estar bajo control; si no lo está, será interpretado como omisión.

Así, el control deja de ser exclusivamente una práctica organizativa y se convierte en una categoría cultural. Se espera que el sistema se anticipe. Se espera que el protocolo contemple. Se espera que la estadística haya previsto. No porque se crea en la omnipotencia técnica, sino porque la acumulación de mejoras ha desplazado la frontera de lo tolerable. Lo que ayer era azar hoy es insuficiencia; lo que ayer era límite hoy parece descuido.

Cuando una combinación no prevista altera la secuencia esperada, el foco se desplaza del fenómeno al sistema. La contingencia se transforma en sospecha, y la arquitectura del control se convierte en objeto de interrogación.

La cuestión, entonces, no es simplemente si el sistema podía haber hecho más. La cuestión es qué se esperaba que hiciera. ¿Hemos ampliado la prudencia o solo hemos desplazado, sin advertirlo, el umbral de lo tolerable?

Si la regularidad prolongada convierte la estabilidad en derecho implícito, cualquier interrupción adquiere la forma de incumplimiento. Pero quizá esa transformación no sea solo técnica ni jurídica, sino cultural. Tal vez hemos

aprendido a diseñar sistemas cada vez más complejos sin preguntarnos con la misma intensidad por la naturaleza irreductible del límite.

En esa pregunta comienza a perfilarse la ilusión que este ensayo desea examinar: no la ilusión de que el control exista, sino la ilusión de que su perfeccionamiento pueda abolir la vulnerabilidad que le dio origen.

2. DEL AZAR A LA IMPUTACIÓN

Durante siglos, el acontecimiento adverso encontraba acomodo en una gramática del límite. La catástrofe natural, la enfermedad súbita, el derrumbe inesperado se inscribían en un horizonte donde la contingencia formaba parte del orden del mundo. No porque no dolieran, sino porque no se suponía que pudieran eliminarse por completo. El sufrimiento no era menos real, pero su causa no se dirigía necesariamente hacia un sistema de previsión insuficiente.

La modernidad técnica no ha suprimido el azar, pero ha modificado el marco en el que lo interpretamos. La expansión de dispositivos de anticipación –modelos predictivos, protocolos normativos, sistemas de alerta temprana– ha desplazado progresivamente el punto de gravedad del acontecimiento. Cuando algo ocurre, la mirada ya no se detiene solo en el fenómeno, sino que se dirige hacia el conjunto de mecanismos que debían haberlo previsto.

Este desplazamiento no es fruto de una actitud inquisitorial, sino de una transformación profunda en la experiencia colectiva del riesgo. Cuanto más se demuestra que determinados sucesos pueden anticiparse con razonable probabilidad, más difícil resulta aceptar que otros no lo hayan sido. El azar deja de ser condición y pasa a ser residuo. Y el residuo se convierte en sospecha.

El análisis retrospectivo reorganiza la incertidumbre como si hubiese sido lineal. Las señales débiles se reinterpretan como advertencias claras y la complejidad vivida se simplifica bajo la luz del desenlace.

La retrospectividad produce una ilusión de inevitabilidad. Lo que fue improbable aparece como previsible; lo que fue contingente se reordena como secuencia causal necesaria. Esa reorganización no es fruto de mala fe, sino del modo en que la mente humana integra el resultado consumado. Pero cuando esa lógica cognitiva se proyecta sobre la arquitectura institucional, la prudencia real se juzga como insuficiencia retrospectiva.

El sistema es juzgado desde dos tiempos distintos: en el presente opera bajo incertidumbre; en retrospectiva, bajo la certeza del resultado. El límite no es un residuo provisional del conocimiento, sino una condición constitutiva de toda acción organizada.

Este cambio de perspectiva tiene consecuencias profundas. Si el acontecimiento adverso puede ser reinterpretado como culminación de indicios previos, entonces el margen cultural de lo excusable se estrecha. No se trata ya de preguntar si el riesgo existía –eso se admite– sino de determinar si fue tratado con la anticipación suficiente. La cuestión deja de ser ontológica y se vuelve moral: ¿se hizo todo lo posible?

La fórmula «todo lo posible» se expande retrospectivamente. Lo técnicamente razonable se redefine, a la luz del desenlace, como previsión insuficiente.

Esta expansión retrospectiva de lo exigible modifica también el concepto de responsabilidad. No solo se evalúa si se actuó conforme a estándares vigentes, sino si esos estándares eran ya insuficientes. El juicio deja de apoyarse en el marco disponible en el momento de la decisión y se desplaza hacia el horizonte que el resultado ha revelado. La consecuencia es una forma de responsabilidad expansiva, que tiende a medir el pasado con instrumentos afinados por el propio accidente.

Aquí emerge una tensión característica de las sociedades altamente tecnificadas: cuanto más complejo es el sistema de control, mayor es la tentación de atribuirle una capacidad casi exhaustiva de anticipación. La sofisticación técnica genera confianza, pero también produce una expectativa que roza la omnisciencia. Cuando el resultado contradice esa expectativa, la reacción no es únicamente dolor o sorpresa; es reproche. La cultura pública ha interiorizado esa expectativa. Cada crisis reciente refuerza la idea de que lo inesperado es, en realidad, un fallo del sistema.

El reproche no se dirige necesariamente a una persona concreta. Puede dirigirse a un procedimiento, a una cadena de validaciones, a una norma que no contemplaba un supuesto extremo. El sistema entero se convierte en objeto de interrogación. Y en esa interrogación se advierte una transformación cultural: la contingencia pierde legitimidad explicativa.

Así se configura un círculo peculiar: el perfeccionamiento del control aumenta la responsabilidad retrospectiva, y esa responsabilidad retroactiva alimenta la expectativa de nuevos perfeccionamientos. Cada accidente impulsa una reforma; cada reforma eleva el estándar; cada estándar incrementa la intolerancia futura a la sorpresa.

La pregunta que comienza a emerger no es si debemos renunciar al control –sería absurdo– sino si comprendemos adecuadamente el modo en que su expansión transforma nuestra relación con el límite. ¿Estamos ampliando nuestra capacidad de anticipación, o estamos modificando silenciosamente el umbral de lo que consideramos tolerable?

En el tránsito del azar a la imputación se juega algo más que una discusión técnica. Se juega la manera en que concebimos la vulnerabilidad en sociedades que aspiran a organizarlo todo. Tal vez el riesgo no haya cambiado en su naturaleza, pero sí ha cambiado nuestra disposición a admitir que, incluso bajo sistemas maduros, persiste una zona de indeterminación que no puede ser completamente absorbida por el cálculo.

Y si esa zona existe –como todo indica– la cuestión no es cómo eliminarla, sino cómo convivir con ella sin convertir cada acontecimiento adverso en prueba de fracaso absoluto.

3. EL LÍMITE DEL MAPA

Todo sistema de control comienza por una representación. Antes de intervenir sobre el territorio, lo cartografía. Define variables, establece umbrales, clasifica probabilidades. El mapa no es un accesorio del control; es su condición de posibilidad. Solo aquello que puede describirse, medirse o modelizarse entra en el campo de lo gestionable.

Esta operación es, en sí misma, un logro extraordinario. Transformar la complejidad del mundo en un conjunto inteligible de parámetros permite actuar con mayor precisión. La modelización reduce la opacidad del entorno y convierte la incertidumbre difusa en riesgo cuantificable. El mapa no elimina el territorio, pero lo hace legible.

Sin embargo, toda cartografía implica selección. Representar exige omitir. Cada variable incluida supone otras descartadas; cada umbral definido excluye gradaciones intermedias; cada escenario modelizado deja fuera combinaciones improbables pero posibles. El mapa es siempre una reducción, por sofisticada que sea.

La eficacia prolongada refuerza esa identificación. Si las previsiones coinciden repetidamente con la experiencia, el modelo adquiere autoridad. La correspondencia entre cálculo y realidad se interpreta como prueba de suficiencia. El mapa no solo orienta; parece capturar lo esencial del territorio.

El problema no surge mientras la correspondencia se mantiene. Surge cuando una combinación de factores no contemplada en esa secuencia precisa altera el resultado esperado. Entonces se advierte que el territorio siempre contenía más variables de las representadas. No porque el modelo fuese descuidado, sino porque la realidad es inagotable.

El límite del mapa no es una carencia puntual, sino una propiedad intrínseca de toda representación. El control opera necesariamente sobre esquemas

parciales. La pregunta decisiva no es si el modelo es perfecto –ninguno lo es– sino si somos conscientes de su parcialidad cuando lo utilizamos.

El accidente, cuando irrumpe fuera de la secuencia modelizada, no solo cuestiona la ejecución; cuestiona la representación. Se interroga el cálculo, se revisan los parámetros, se amplían las variables. Pero raramente se formula la pregunta más incómoda: si la aspiración de exhaustividad es, en sí misma, una ficción operativa.

No se trata de abandonar la cartografía. Sin ella, la acción sería ciega. Se trata de reconocer que el mapa no es el territorio y que el territorio conserva siempre una zona no modelizada. El riesgo no reside únicamente en los fenómenos externos, sino en la tendencia a atribuir al modelo una capacidad de captura total.

El límite no es fallo del modelo, sino condición constitutiva de toda representación. La ilusión no consiste en cartografiar, sino en esperar que la cartografía pueda agotar el territorio.

¿Estamos dispuestos a admitir que toda representación, por precisa que sea, deja fuera una zona irreductible de indeterminación?

4. EL LÍMITE Y LA LUCIDEZ

En ese desplazamiento se consolida una mutación silenciosa: la expectativa de omnisciencia no afirma que todo pueda saberse; sugiere que, si algo relevante no fue sabido, debió haber sido.

Quizá la cuestión no sea si el control ha fracasado, sino qué esperamos de él. La modernidad técnica ha demostrado una capacidad extraordinaria para reducir riesgos que durante siglos fueron aceptados como inevitables. Ha cartografiado territorios opacos, ha modelizado procesos complejos, ha anticipado escenarios antes impensables. Nada de eso es ilusorio. El progreso es real.

Pero cada ampliación del control modifica silenciosamente el umbral de nuestra tolerancia. Lo que antes era contingencia pasa a interpretarse como insuficiencia; lo que antes era límite se convierte en reproche. La mejora objetiva estrecha el margen cultural de lo excusable. Y en ese estrechamiento se juega una tensión que no siempre reconocemos.

No es el azar lo que ha cambiado de naturaleza, sino nuestra disposición a admitirlo. La representación del mundo se ha vuelto más precisa, pero el mundo no ha dejado de excederla. El control se ha perfeccionado, pero no ha abolido la vulnerabilidad que lo hizo necesario.

Tal vez la ilusión no consista en creer que el control existe, sino en suponer que su perfeccionamiento puede aproximarse indefinidamente a la supresión

del límite. Y tal vez la verdadera lucidez no resida en ampliar sin cesar los dispositivos de anticipación, sino en sostener una conciencia clara de su alcance.

Si el progreso técnico ha transformado nuestra experiencia del riesgo, queda por preguntarse si hemos transformado con la misma intensidad nuestra comprensión del límite.

Hemos pasado de exigir prudencia a exigir previsión total. Ese desplazamiento tiene también consecuencias políticas. Cuando la previsión total se convierte en expectativa implícita, la deliberación pública se empobrece. Las decisiones dejan de evaluarse por su razonabilidad bajo incertidumbre y pasan a juzgarse por su distancia respecto del resultado conocido. El debate se desplaza del terreno de la prudencia al de la culpabilidad. En ese tránsito, la política adopta el lenguaje del fallo técnico y el fallo técnico adopta la gramática del reproche moral. La consecuencia no es mayor lucidez, sino mayor intolerancia frente a la contingencia. Se instala la idea de que gobernar consiste en neutralizar lo imprevisto, no en administrarlo con criterio.

En el fondo, lo que está en juego no es solo la gestión del riesgo, sino nuestra relación con la finitud. Las sociedades técnicas han logrado reducir vulnerabilidades históricas, pero ese éxito ha generado la expectativa de que toda vulnerabilidad sea, tarde o temprano, corregible. El límite deja de percibirse como condición estructural y pasa a interpretarse como tarea pendiente. Sin advertirlo, hemos desplazado el ideal de prudencia hacia un ideal de control total.

Reconocer el límite no equivale a legitimar la negligencia. Significa aceptar que incluso los sistemas más maduros operan dentro de márgenes irreducibles. La lucidez no consiste en rebajar el estándar de responsabilidad, sino en distinguir entre error evitable y vulnerabilidad estructural. Confundir ambos planos conduce a una exigencia de infalibilidad que ningún orden técnico puede satisfacer.

La madurez de una sociedad técnica no consiste en prometer la eliminación de la sorpresa, sino en saber gobernarla sin convertir cada límite en escándalo moral. En esa distinción se juega hoy la madurez con la que nuestras sociedades técnicas aceptan –o niegan– su propio límite.

Francisco Muñoz García

*Licenciado en Biología, ingeniero agrónomo y licenciado en Ciencias Ambientales.
Funcionario de carrera del cuerpo de Ingenieros Agrónomos del Estado*